

Escenas parlamentarias

Secretos de alcoba

Cuando el Partido Socialista Obrero Español quiere atacar al Gobierno en debates de mayor solemnidad le suelta la cadena a don Alfonso Guerra. En el socialismo español todavía se tiene en cuenta la conveniencia de un juego de compensaciones. Para que don Felipe González pueda levantar y moderar su oratoria parlamentaria, sin deceptional al sector más feroz del circo, hay que poner en escena el aparato tempestuoso, hiriente e insultante de la oratoria de don Alfonso Guerra. Se trata sin duda de un reparto de papeles según una concepción seguramente pesimista de la clientela socialista: el señor González tranquiliza a los burgueses y el señor Guerra debe alimentar a los energúmenos. Decía don José Ortega que en las Cortes de la república los señores diputados podían clasificarse en tenores, payasos y jabalies. En estas Cortes ya está claro que don Felipe González ensaya con creciente fortuna la romanza de los tenores, a condición de que su lugarteniente el señor Guerra hunda el colmillo con mayor voracidad.

Es muy probable que el Partido Socialista repartiera los papeles a los personajes en esta primera representación de la moción de censura obsesionado por el afán de ofrecer esta doble cara, esta cara y cruz de la moneda política que quería pasar: que Alfonso muerda y que Felipe diserte. De acuerdo con esta estrategia parlamentaria, la sesión comenzó a mordiscos. Eso que los dialécticos llaman «argumentos ad hominem»; eso otro que los juristas llaman demandas o querellas «improcedentes, injustas y temerarias»; palabras gruesas del lenguaje penal, injurias, acusaciones e insultos: corrupción, robo, llenarse los bolsillos y otras varias imputaciones del mismo jaez, expresadas en idéntico estilo, esmaltaron frecuentemente la crítica que don Alfonso Guerra hizo a la labor del Gobierno. ¡Lástima! Porque al Gobierno se le podían imputar más graves errores, más evidentes debilidades, más onerosos yerros. Pero en lenguaje parlamentario del señor Guerra, el gran debate político de la moción de censura, con casi todo el país sentado ante el televisor, se ponía a la altura de un chismorreo de plazuela o de una riña de corral. No es que yo piense que el diálogo político, en ocasiones de enfrentamiento y de contraste como la de ahora, tenga que mantenerse en el estilo juanramoniano de los «Sonetos espirituales» o en el modo mironiano de «Las cerezas del cementerio». Pero el rigor polémico tiene unas mínimas exigencias y la agresividad oratoria debe tener unos límites infranqueables. Habrá que confiar en que todos los diputados, que ahora se visten más decorosamente para aparecer ante las cámaras de la televisión y meterse en nuestro cuarto de estar, vayan aprendiendo aquellas exigencias y respetando estos límites. Es cuestión de que permanezcan algún tiempo más en el pupitre. O sea, en el escaño.

Porque hay que reconocer que van aprendiendo. Algunos van aprendiendo algo, otros han aprendido mucho y otros andan todavía en el pelotón de los torpes. Aquel viejo solemne que fue don Pablo Iglesias le habría dado ayer a don Alfonso Guerra algún paternal palmotazo. En cambio, don Rafael Arias-Salgado, a quien alguna vez cité en mis crónicas en trance de sufrir resbalones políticos espectaculares, realizó en esta primera sesión de la moción de censura un ejercicio parlamentario más que notable. Pero ¿por qué no sacaron antes a este muchacho? ¿Por qué se quedó la semana pasada en el banquillo de los reservas mientras don Fernando Abril nos zarandeaba

nos torturaba de norte a sur? El señor Arias-Salgado encontró el punto medio entre la vehemencia necesaria para comunicar sus argumentos y la serenidad indispensable para no resultar atropellado y confuso. Rebatía imputaciones con argumentos perfectamente convincentes, absolutamente rigurosos, expuestos con sencillez y con dignidad, manejando datos y cifras sin aburrimiento, y sobre todo, tuvo la virtud de despreciar la réplica fácil y de caer en el insulto contra el insulto. Cuando el señor Arias-Salgado terminó de hablar, este primer tiro de la oposición contra el Gobierno había salido por la culata. Los errores del Gobierno estaban inéditos. Pero los errores de la oposición socialista eran evidentes. La moción de censura se había vuelto contra sus propios autores. Don Alfonso Guerra, en su réplica, todavía perdía más visiblemente los argumentos, la corrección y los modales. La réplica de don Alfonso Guerra ya no pertenecía a la oratoria parlamentaria europea. Aquello era el desahogo de don Alfonso el Africano. África ya no empieza en los Pirineos: empieza en los discursos en el Congreso de don Alfonso Guerra.

Al fin y al cabo, los españoles somos un pueblo de buen humor, y por la atmósfera de la Cámara pasó el venticillo festivo de la risa con una virtud refrescante. ¡Con qué gana reía don Blas Piñar —generalmente serio, como si— nos fuera a participar el comienzo del Diluvio o la inauguración del apocalipsis— cuando don Alfonso Guerra afirmaba que UCD había puesto al frente de los Municipios a alcaldes de Fuerza Nueva! Y sa ludaba, vencedor, desde su escaño. Y cómo reía la Cámara cuando dijo aquello de que la mitad de los diputados centristas aplaudía los discursos de Fraga y la otra mitad aplaudía los de Felipe. O cuando nos comunicaba que, después de su discurso de la pasada semana, el señor presidente del Gobierno había caído al suelo hecho añicos. Pues, hombre, tampoco es eso. Bastante pesado si que estubo, pero no mucho más que lo iba a estar don Felipe en la exposición de su programa. Creo que don Alfonso Guerra es director de teatro. Monta su escena, se inventa los personajes, les atribuye vicios y lacras, y después arremete contra ellos como don Quijote contra el retablo de Maese Pedro. Bueno, como don Quijote, no. Como don Alfonso el Africano.

Hay que seguir pagando el consenso. Don Santiago Carrillo no se resigna a que le dejen fuera del juego político. Ahora los días de los Pactos de la Moncloa y de las entrevistas secretas con el presidente del Gobierno. Tiene nostalgia del consenso, del pastelero, del coqueteo y del cambalache. Padece de despecho y sus últimas intervenciones parlamentarias son como endechas en las que llora el desvío de don Adolfo Suárez. Ahora dice que don Fernando Abril le ofreció formar una coalición de Gobierno y que don Adolfo Suárez también le pidió la mano. Se lamenta como una antigua amante a la que se ha dejado sola, fané y descangayada. Y entonces va y cuenta los secretos de alcoba. «Tú me hacías este arrumaco y yo te devolvía este dengue.» Quiere despertarse otra vez en un sofá de la Moncloa, escuchando las bromas de don Adolfo Suárez sobre los americanos para poder contárselas a los rusos. Pero ayer, ay, le han devuelto el rosario de su madre, las cartas, los retratos y el guardapelo. Y me temo que siga revelándonos los secretos de alcoba. Un día de estos nos enteramos de dónde tiene don Adolfo Suárez su más irresistible lunar político.—

Jaime CAMPANY.